



CUEVA DE SAN PATRICIO.

Despues de las prevenciones tan ju-
tas, y tan solemnes, como para tanto caso se piden, y se requieren; para entrar en esta Cueva, me despedi tie-
namente, puse mi espíritu en Dios, y repitiendo mil veces las misteriosas palabras, de quien lo Inferno temen, pasó luego sus umbrales, y esperando á que me cierran la puerta estubo algun rato. Cerrandome al fin, y hallè me en noche obscura, negado á la luz tan tristemente, que cerré los ojos yo, (proprio efecto del que quiere ver en las obscuridades) y con ellos de esta suerte andando fui, hasta tocar la pared, que estaba enfrente, y siguiendome por ella, como hasta cosa de veinte pasos, encontre unas peñas, y adverti, que por la brevedad de la pared entraba dudosamente una luz, que no era luz, como á las Auroras suele el crepusculo dudar, si amanece, ó no amanece. Sobre mano izquierda entè siguiendo con pasos leves una senda, y á el fin de ella

la tierra se me estremece, y como que quiere hundirse, hace á mis plantas que tiemblen. Sin sentido quedè quando hizo, que á su voz despierte de un desmayo, y un olvido un trueno, que horriblemente sonò, la tierra en que estaba abrió el centro, en cuyo vientre me pareció, que caía á un profundo, y que allí fuesen mi sepultura las piedras, y tierra, que tras mi vienen. En una sala me hallè de jaspe, en quien los pinceles obraron la arquitectura docta, y advertidamente. Por una puerta de bronce salen, y ázia mí se vienen doce hombres, que vestidos de blanco conformemente, me recibieron humildes, y saludaron corteses. Uno (á el parecer entre ellos superior) me dixó: Advertte, que pongas en Dios la fè, y no desmayes por verte de Demonios combatido, porque si bolverte quieres, movido de sus promesas, ó amenazas, para si more que larás en el Lifirao entre tormentos crueles. Angeles para mí freron estos hombres, y de suerte

me admiraron sus razones,
que desperté nuevamente.
Luego de improviso toda
la sala llena se ofrece
de visiones infernales,
y de espíritus rebeldes
con las formas mas horribles,
y mas feas que ellos tienen,
que no hay á que compararlos.
Y uno me dixo: Imprudente,
loco, necio, que has querido
antes de tiempo ofrecerte
á el castigo, que te aguarda,
y á las penas que mereces?
Si tus culpas son tan grandes,
que es fuerza, que te condenes,
porque en los ojos de Dios
hallar clemencia no puedes,
en qué consiste venir
á tomarla? Buelve, buelve
á el mundo, acaba tu vida,
y como viviste, muere.
Entonces vendrás á vernos,
que ya el firmo previene
la silla, que has de tener
ocupada eternamente.
No le respondí palabra,
y dandome fieramente
de golpes, de pies, y manos
me ligaron con cordeles,
y luego con unos garfios
de acero me asen, y hieren,
arrastrandome por todos
los claustros, adonde encienden
una hoguera, y en sus llamas
me arrojan: JESUS valédme!
(dix) huyeron los Demonios,
y el negro se aplacá, y muere.
Llevaronme luego á un campo,
cuya negra tierra ofrece
frutos de espinas, y abrojos
por rosas, y por claveles.
Aqui el viento, que corria
penetraba sutilmente
los miembros, aguda espada

era el suspiro mas debil.
Aqui en profundas cavernas
se quixaban tristemente
condenados, maldiciendo
á sus Padres, y parientes:
tan desesperadas voces
de blasfemias insolentes,
de reniegos, y por vidas
repetian muchas veces,
que aun los Demonios réblaban,
Pasé adelante, y halléme
en un prado, cuyas plantas
eran llamas, como suelen
en el abrasado Agosto
las espigas, y las mieses.
Era tan grande, que nunca
el término en que fenece
halló la vida, y aqui
estaban diversas gentes
recostadas en el fuego,
á quien pasan, y trascienden
clavos, y puntas ardiendo,
qual los pies, y manos tiene
clavados contra la tierra,
á qual las entrañas muerden
viboras de fuego, qual
mordiendo está con los dientes
la tierra, qual á si mismo
se despedaza, y pretende
morir de una vez, y vive
para morir muchas veces.
En este campo me echaron
los Ministros de la muerte,
cuya furia á el Dulce Nombre
de JESUS se desvanese.
Pasé adelante, y halléme
con tormentos, qué crueles!
Curaban á los heridos
con plomo, y resina ardiente,
que echado sobre las llagas,
eran couterios mas fuertes.
(¿quien hay, que aqui no se aflij?)
(¿quien hay, que aqui no se eleve?)
¿quién no llora, y no suspira?
¿que no dude, y que no tiemble?

Luego de una Cattedra vi,
que por puertas, y paredes
estaban subiendo rayos,
como acá se ve encenderse
una casa, en quien el fuego
rebienta por donde puede.
Esta, me dixerón, es
la vinta de los deleytes,
el baño de los regalos,
à donde están las mugeres,
que en esta vida fueron,
por livianos pareceres,
amigas de olores, y aguas,
unturas, baños, y afeytes.
Dentro entré, y en ella vi,
que en un Estanco de nueve
se estaban bañando muchas
hermosuras excelentes.
Debaxo del agua estaban
entre cul bras, y sirpes,
que de aquellas oodas eran
las Sirenas, y los peces.
Estados tenían los miembros
entre el cristal trasparente,
los cabellos erizados,
y traspillados los dientes.
Sali de aqui, y me llevaron
à una montaña eminente,
tanto, que para pasar
de los Cielos, con la frente
abelló, si no rompió,
ese velo azul celeste.
Hay en medio de esta cumbre
un volcan, que exhala, y vierte
llamas, y contra los Ciclos
que las escupe parece.
De este volcan este pozo
de rato en rato procede
fuego de quien salen muchas
almas, y à escondirse buelven
repetiendo la subida,
y baxada muchas veces.
Un ayre abrasado aqui
me abra ò improvisamente,
haciendeme retirar

de la puerta hasta meterme
en aquel profundo abysmo.
Sali del, y otro ayre viene,
que traía mil legiones,
y à empuellones, y baybenes
me llevaron à otra parte,
donde ahora me parece
de todas las otras almas,
que havia visto juntamente,
que estaban aqui, y con ser
sitio de mas penas este,
miré à todos los que estaban
alli con rostros alegres,
con apacibles semblantes,
no con voces impacientes,
sino el vados los ojos
à el Cielo como quien quiere
alcanzar piedad, lloraban
tierna, y amorosamente,
en que vi, que este lugar
el del Purgatorio fuese,
que así se purgan alli
las culpas que son mas leves.
No me vencieron aqui
las amenazas de verme
entre ellos, antes me dieron
valor, y animo mas fuerte.
Y así los Demonios viendo
mi constancia, me previenen
la mayor penalidad,
y la que mas propriamente
llama el Inferno, que fue
llevarme à un Rio, que tiene
flores de fuego en su margen,
y de azufre su corriente,
monstruos marinos en él
eran hydras, y serpientes:
Era muy ancho, y tenia
una tan estrecha puent,
que era una linea no mas,
y ella tan delgada, y debil,
que me pareció sin duda,
que sin quebrar no pudiese
pasarlo: aqui me dixerón:
por ese camino breve

has de pasar, mira como,
y para su horror advierte
como pasan los que van
delante, y vi claramente,
de otros, que pasar quisieron
cayeron donde las sierpes
los hicieron mil pedazos
con las garras, y los dientes.
Invoqué de Dios el Nombre,
y con é pude atreirme
á pasar de esotra parte,
sin que temores me diesen
ni las ondas, ni los vientos,
combatiendome inclementes.
Pasé al fin, y en una selva
me hallé tan dulce, y tan fértil,
que me pude divertir
de todo lo antecedente:
el camino fui siguiendo
de cedros, y de laureles,
árboles del Paraiso,
y siendo allí propriamente
el suelo todo sembrado
de rosas, y de claveles,
matizaba un espólio
encarnado, blanco, y verde.
Las mas amorosas voces
se queixaban dulcemente
á el comás de los arroyos
de mil repetidas fuentes.
Y á la vista descubri
una Ciudad eminente,
de quien era el Sol remate
á torres, y chapiteles.
Las puertas eran de oro,
tachonadas sutilmente
de diamantes, y esmeraldas,

topacios, y rubies, claveles:
Antes de llegar se abrieron,
y en orden azia mí viene
una Procesion de Santos,
donde niños, y mugeres,
vi jos, y mozos veían
todos contentos, y alegres,
Angéles, y Serafines
luego en mil coros procedían
con suaves instrumentos
cantando dulces motetes.
Después de todos venía
glorioso, y resplandeciente
Patrio, gran Patriarca,
y dandome parabienes,
de que yo antes de morir
una palabra cumbiese,
me abrazó, y todos mostrando
gozarse en mis propios bienes.
Animóse, y despidióne,
diciendome, que no pueden
hombres mortales entrar
en la Ciudad excelente.
Que mandaba, que á este mundo
segunda vez me volviese,
y al fin por los propios pasos
volví, sin que me ofendiesen
espíritus infernales.
Llegué á tocar finalmente
la puerta, quando llegasteis
todos á buscarme, y verme,
y pues salí de un peligro,
permittedme, y concedidme
piadosos Padres, que aquí
morir, y vivir espere.
Con esto la historia acaba,
y su admiracion empieza.

*Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Luis
de Ramos y Coria, Plazuela de las Cañas.*

